

## El reloj del exiliado

ELENA TRAPANESE

*¿Qué es sacrilego destruir? No lo que es bajo, ya que eso no tiene importancia. No lo que es alto ya que, aunque se quisiera, no se lo podría tocar. Los metaxu. Los metaxu son la región del bien y del mal. No privar a ningún ser humano de sus metaxu, es decir, de esos bienes relativos y mezclados (hogar, patria, tradiciones, cultura, etc.) que calientan y alimentan el alma y sin los cuales, fuera de la santidad, una vida humana no es posible.*

Simone Weil, *La pesanteur et le grâce*

Los conceptos, escribía María Zambrano, son “zonas de seguridad” que el ser humano crea para poder orientarse en el mundo: no relatividades absolutas, pero sin duda zonas “elásticas” en la percepción que el ser humano tiene de ellas. Elasticidad que se manifiesta en toda su evidencia en algunas vivencias radicales, y en muchos casos constantes, de la historia humana, como es el caso de los exilios.

Ninguna duda hay al considerar el exilio republicano español de 1939 como uno de los más notables en la historia del siglo xx, del que fue protagonista medio millón de personas de todos los estamentos sociales, y una entera cla-

se dirigente intelectual y política: lo que Elena Croce,<sup>1</sup> la hija del filósofo italiano Benedetto Croce, definió como “todo un ejército de combatientes antifascistas”, cuyo fracaso ofreció la medida del beligerante y trágico futuro europeo. Se trató, según las palabras de uno de sus protagonistas, el exiliado Enrique de Rivas, de “una amputación realizada en el cuerpo vivo de la nación”, que conllevó un cambio fundamental en las percepciones del tiempo y del espacio: “Cuando un ser humano se ve sometido al estado que comporta el exilio, se producen en él condiciones físicas y psíquicas que a la larga determinan su percepción de los conceptos de espacio y de tiempo, a través de una serie de modificaciones de mayor o menor cuantía pero que en su conjunto afectan tanto a su propio ser como a la conciencia de su devenir en un espacio geográfico dado y en un lapso de tiempo cuya medida no puede realizarse con los datos normales del calendario.”<sup>2</sup>

Tales percepciones no pueden me-

<sup>1</sup> Elena Croce es una figura clave para el estudio de la presencia del exilio republicano español en Italia, en particular en Roma. Para una introducción a su obra y su actividad, en el ámbito literario y cultural, cf. AA.VV., *Elena Croce e il suo mondo. Ricordi e testimonianze*, CUEN, Napoli, 1999.

<sup>2</sup> Enrique de Rivas, “Tiempo y espacio del

dirse con los mismos instrumentos con lo que se mide el ordinario acontecer de la vida humana: la experiencia del exilio determina mecanismos espacio-temporales que van cambiando a lo largo de las “horas” del exilio.

Sin embargo, para poder analizar las reflexiones de Enrique de Rivas, resulta imprescindible tener en cuenta las circunstancias de su exilio: hijo del escritor, dramaturgo y director teatral Cipriano de Rivas Cherif y sobrino de Manuel Azaña, pertenece a aquella “segunda generación” del exilio de 1939, formada por niños o todavía adolescentes de España, quienes habían acompañado a sus mayores y realizado parte de sus estudios en Europa y a quienes en México se les denomina “los hispano-mexicanos”.<sup>3</sup> Llegará a ser,

exilio”, en *Archipiélago. Cuadernos de Crítica de la cultura*, 26-27, 1996, p. 125.

<sup>3</sup> Federico Álvarez, quien también pertenece a la “segunda generación” de exiliados de 1939, sugiere que tengamos en cuenta, entre las “generación de los padres” y las de los “hijos”, a “una generación ‘intermedia’, que algunos han denominado ‘perdida o rota’ y que forman los jóvenes de la guerra, los del 36, la de los que empezaron a escribir en *Hora de España*, colaboraron en el *Romancero de la guerra civil* y escribieron para *El Mono Azul* y para otros periódicos del frente y de la retaguardia” (F. Álvarez, “Setenta años: muerte y vida del exilio”, en M. Aznar Soler y J. R. López García (eds.), *El exilio republi-*

quizás, el mejor conocedor de la obra y de la vida de su tío Azaña y entablará largas amistades con muchos otros exiliados, entre ellos Emilio Prados, Ramón Xirau, Tomás Segovia, María y Araceli Zambrano, José Bergamín, Diego de Mesa, Ramón Gaya, etcétera.

Si los exiliados de la primera generación se habían desterrado de un ambiente percibido y vivido, la segunda generación vivía un destierro del ambiente difuso y alterado; por un lado, por las incertidumbres de la infancia y, por el otro, por los estragos de la guerra.<sup>4</sup>

En una hermosa carta del 24 de agosto de 1964 Rivas confiesa a su amiga Zambrano: “Nací casi sin patria identificable, he crecido desarraigado.”<sup>5</sup> Años más tarde comentará: “Ahora María, cuando veo que están llegando al final de toda la generación de mis padres, veo, como de golpe, en todo lo

*cano de 1939 y la segunda generación*, Renacimiento, Sevilla, 2011, p. 41).

<sup>4</sup> Cfr. R. Ruiz, “La segunda generación de escritores exiliados en México”, en J. M. Naharro Calderón (coord.), *El exilio de las Españas de 1939 en las Américas: ¿adónde fue la canción?*, Anthropos, Barcelona, 1991, pp. 149-153.

<sup>5</sup> Las cartas (inéditas) de Enrique de Rivas a María Zambrano se conservan en el Archivo de la Fundación María Zambrano de Vélez-Málaga.

que tuvo de catastrófico, la guerra de España, y el destierro, para mi familia que quedó verdaderamente tullida para siempre. Y me salen por lo tanto todos los rencores que nunca decía a mi padre, y tengo que dominarlos para que no se me conviertan en deseos de venganza cada vez que veo u oigo a alguno de los que han hecho figura en esos años y han medrado después, con bombo y platillo. Es curioso que esto me suceda ahora, a mí que soy un desterrado de nacimiento, no he sufrido lo que sufristeis los protagonistas de todo aquello. Trato de no pensar demasiado en todo ello y me distraigo como puedo.”<sup>6</sup>

Desterrado casi “de nacimiento”, Enrique de Rivas escribe que si el exiliado puede concebir que le venga a faltar el suelo de su Patria, “no es capaz de concebir el tiempo del destierro como algo sin fin”. Su reloj sigue midiendo un tiempo dividido en “horas” elásticas: la hora del refugio, de la espera, del exilio, de la memoria, del regreso.

¿Transterrados? ¿Exiliados? Son eufemismos. Fuimos, ante todo, “refugiados”. A quien exilian o destierran le sacan de un contexto donde resulta incómodo o peligroso. Quien “se refugia” lo hace por salvar la piel. Huye-

<sup>6</sup> Carta inédita de Enrique de Rivas a María Zambrano, desde Roma, del 25 de mayo de 1968.

ron nuestros padres de la destrucción física y moral, con sus apéndices, que éramos nosotros. Los hijos, en la infancia, son la prolongación material de los padres. De mayores, su continuación, con variaciones y metamorfosis.

En tanto que niños y apéndices, no nos cabe siquiera el honor de habernos refugiado por iniciativa propia. Nos refugiaron para protegernos mientras duraran los motivos o las causas: el franquismo en España y el nazifascismo en Francia, país que había sido nuestro primer refugio. Refugiados, pues, dos veces: de un contexto puramente español y de un contexto europeo después. Es la primera candidatura a la ejecutoria de refugiados universales que compartimos, en el siglo xx, con una larga serie de etnias, y en el pasado con moriscos, hugonotes y puritanos. Pero nuestro refugio había de ser pasajero, se sentía absolutamente como transitorio: volveríamos a España cuando acabase la guerra.<sup>7</sup>

El reloj del refugiado –“un ser humano que huye de un peligro grave o mortal”– fue ante todo el reloj de la espera: se adelantaba o atrasaba según las derrotas o las victorias de los Aliados, pero

<sup>7</sup> Enrique de Rivas, “Destierro: ejecutoria y símbolo”, en M. T. González de Garay y J. Aguilera Sastre (eds.), *El exilio literario de 1939: actas del Congreso Internacional celebrado en la Universidad de La Rioja del 2 al 5 de noviembre de 1999*, Logroño, GEXEL/Universidad de La Rioja, 2011, p. 23.

seguía su marcha y con el tiempo en vista del regreso. “Para preservarnos en vista de ese regreso, nos transterraron, con las raíces tiernas totalmente al aire, pero al pasarnos de una tierra a otra, como no se trataba de que echásemos raíces exóticas, tuvieron buen cuidado de que el *abono* fuera el mismo que el del otro lado del océano o lo más parecido, para que resultásemos las mismas plantas que hubiéramos sido de no haber existido la necesidad del refugio.”<sup>8</sup>

Los jóvenes y niños crecieron en colegios españoles creados para ellos, con maestros españoles para ellos, y con todo un aparato simbólico cuyo fin consistía en forjarles:

una conciencia de españoles impregnada del orgullo de ser “refugiados”; (...) de españoles republicanos para quienes la República era España, y a falta de “tocarla” tocábamos sus símbolos: su himno, su bandera, sus centros de reuniones, sus publicaciones, sus actos conmemorativos; pronto, sus entierros: cada funeral era como enterrar un poco de España.

Todo eso era válido, era la realidad, nuestra realidad cotidiana y más segura. Segura como una roca, porque lo que vivíamos, ese “ser refugiados”, era vivir en un paréntesis, y segura porque siendo aún niños de trece o catorce años no había entrado en noso-

<sup>8</sup> *Ibid.*

tros ni siquiera la “duda” que comporta toda toma de conciencia. No teníamos “conciencia” de ello porque dentro de ello estábamos, formando parte suya. El símbolo todavía era carne.<sup>9</sup>

Todo esto “en vista del regreso”, de un regreso más o menos lejano en el tiempo, pero sin duda existente: el refugiado “concibe el tiempo como un espacio ignoto, temeroso, pero en virtud de su propia experiencia excluye que ese tiempo no pueda tener fin en un punto desconocido todavía, pero sin duda existente”.

No es baladí que Enrique de Rivas haya elegido como título para su novela autobiográfica *Cuando acabe la guerra*, una frase frecuentemente oída en México, pues detrás de ella “había una profunda convicción de provisionalidad, en cuyo fondo brillaba, como un lucero entre nieblas, pero de titilar seguro, el fin del régimen franquista y la vuelta a España”.<sup>10</sup> El “Cuando acabe la guerra” se transformó pronto en “Cuando caiga Franco”, variación de aquel futuro de esperanza. Franco llegó a ser, para el joven Enrique de Rivas, no tanto una persona, sino más bien una “entelequia”, “el escollo que detenía la marcha del futuro”.

Enrique de Rivas no se sintió “exilia-

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 24.

<sup>10</sup> Enrique de Rivas, *Cuando acabe la guerra*, Pre-Textos, Valencia, 1992, p. 109.

do” en su infancia y primera juventud, pero sin duda su sentirse y ser “refugiado” en aquel entonces cambiaron a lo largo de los años. ¿En qué momento su reloj pasó de marcar la hora del “refugiado” a marcar la del “exiliado”? ¿Cuándo se dio cuenta de aquel “vivir en un paréntesis”, de aquel “haber asimilado vivencias ajenas” y haber participado “en ellas ‘vicariamente’”?

Yo me bauticé de des-terrado sólo en 1958, cuando me fue dado ir a Grecia por primera vez. Allí comprendí, al pisar las rocas frente a la Acrópolis, donde paseaban Sócrates y Platón, que pisaba tierra de verdad. Pero comprendí también que debía ese bautizo a un profesor español del Instituto Luis Vives de México, que había transcurrido varios años en un campo de exterminio nazi, y que era quien me había hablado de Platón; a otro que había sido discípulo de don Francisco Giner de los Ríos en la Institución Libre de Enseñanza, y que me había descubierto a los trece años el mito de Edipo y el de Electra. En todos esos recuerdos, asimilados confusamente a lo largo de los años, latía el mismo amor a una verdad consubstancial con el suelo propio, que no era más que la extensión ideal de un suelo universal encarnado por el de la Grecia clásica. Todo ello quedó sellado cuando descubrí, al fondo del pasillo del mísero museo de Esparta, la espléndida sonrisa de Leónidas victorioso ante la muerte.



Comprendí entonces que el “exilio” podía ser un modo de estar profundo y universal, porque todos vivíamos desterrados de la antigua verdad de esa luz griega.<sup>11</sup>

Tal conciencia de la provisionalidad del “ser refugiado” frente a la radicalidad del exilio está además relacionada a la idea de “patria”. Zambrano escribió que sólo la patria verdadera tiene la capacidad de crear el exilio y que el exilio había sido para ella su “patria, o como una dimensión de una

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 26-27.

patria desconocida, pero que una vez que se conoce, es irrenunciable”.

Desde esta perspectiva se entiende perfectamente la pregunta de Rivas: “¿Por qué limitarse a volver a España”, si en realidad la idea “de patria como un suelo necesario para crecer” se había demostrado “en parte falsa”? Si es verdad que el ser necesita un “estar”, ¿por qué “limitarlo a este territorio que se llamaba España, o incluso, por qué limitar la palabra España a un territorio?”

Como entre nieblas el concepto de “patria” buscaba ensancharse y explayarse más allá de fronteras que se me hacían antojo o casualidad de la historia, para escapar a la negatividad presente que mis ojos descubrían en ella. Me parecía que era un concepto superable en lo que tenía de mezquino y de limitador; sobre todo para un poeta. ¿No era la poesía un terreno firme, una patria donde no cabían cataclismo políticos que al fin y al cabo sólo eran accidentales? La patria real, la inamovible, estaba ahí, dentro de mí para siempre: acrisolada en unos sentimientos que eran los míos; en un idioma que era el mío; en un saberme rama de un árbol de raíces hundidas en un suelo llamado Castilla, Madrid, Sierra de Guadarrama, Toledo, Andalucía, Tierra de Campos, Cataluña; pero eran lugares habitados por los íntimos de mi sangre, desde hacía cincuenta, cien e incluso doscientos años, que había hecho los mismos gestos y dicho

las mismas palabras que yo hacía y decía; que había comido los alimentos condimentándolos de la misma manera que yo los comía. De esos seres y lugares me había apropiado más definitivamente que de los que me rodeaban en el momento actual, porque aquellos ya estaban terminados, transparentes en la luminosidad de su ser cumplido, y éstos seguían sometidos a un impredecible vaivén, a la merced de la jerarquización posible de la historia. A la historia sólo se le ocurría clasificarlos. Mi cabeza los había liberado del tiempo encasillado, exactamente como sucedía con la poesía que, en libertad suprema, rompía las jerarquías inventadas por los hombres. ¿Y no era el concepto de “patria” una jerarquía más?<sup>12</sup>

La hora del exilio dejaba ver que Patria no era entonces un lugar geográfico, ni tampoco consistía en tener o no tener pasaporte. Patria era tener memoria de un “ser como colectividad” y eso, confiesa Enrique de Rivas, él se lo debía a muchas personas, entre ellas a sus padres o, mejor dicho, a la generación de sus padres, quienes dejaron a la nueva generación el tesoro de la memoria y una herencia: la de la responsabilidad de ser testigos del tiempo, que es, entre todos los “derrumbes rescatables”, el único que queda “ex-

<sup>12</sup> María Zambrano, *Las palabras del regreso*, Amarú, Salamanca, 1995, p. 13.

ceptuado”. “Sólo la memoria”, escribe de Rivas, podría restituirle al tiempo “la dimensión de su propia oquedad poblándola de imágenes y ecos, como letras vivas de un recóndito alfabeto que exige una lectura, un libro, una morada –una *patria*– donde seguir siendo”.

Con palabras diferentes, María Zambrano ofrece un interesante análisis de las que ella considera las tres figuras arquetípicas de adhesión al desgarramiento que vivieron los que tuvieron que salir de España: el refugiado, el desterrado y el exiliado. “El refugiado se ve acogido más o menos amorosamente en un lugar donde se le hace hueco, que se le ofrece y aún concede y, en el más hiriente de los casos, donde se le tolera. Algo encuentra donde depositar su cuerpo que fue expulsado de ese su lugar primero, patria se le llama, casa propia, de lo propio (...). En tanto que refugiado proyecta, idea y hasta máquina (...). Y se siente así más fiel a su tierra que nunca, más que nadie, más que los demás (...) mientras el desterrado mira, sueña con los ojos abiertos, se ha quedado atónito sin llanto y sin palabra, como en estado de pasmo. (...) Ningún quehacer le hace salir de este estado en que todo se ve fijo, nítido, presente, mas sin relación.”<sup>13</sup>

<sup>13</sup> María Zambrano, *Los bienaventurados*, Siruela, Madrid, 1990, p. 31-37.

La figura del exiliado difiere radicalmente de las dos anteriores, porque lo que la caracteriza más que nada es “no tener lugar en el mundo, ni geográfico, ni social, ni político, ni (...) ontológico”. El exiliado experimenta el abandono radical, de quien se encamina y, de destierro en destierro, “va muriendo, desposeyéndose, desenraizándose”.

Quizás una importante diferencia que Zambrano no menciona y a la que Rivas hace referencia es la diferencia generacional. Si es verdad que, como escribía Azaña, “el tiempo moral de una generación carece de límites”<sup>14</sup> y que por eso existen pensamientos y sentires todavía “actuales”, “vigentes”, es además verdad que el tiempo nos cambia, nos trasmuta, nos ofrece cristales que nos permiten sentir el mundo y el tiempo con matices diferentes. El reloj ha marcado horas diferentes, largas e intensas, en las vivencias de los refugiados y exiliados de la primera y de la segunda generación: en algunos casos ha llegado a marcar la hora del regreso, en muchos otros no. Pero, sin duda, el reloj ha “sobrevivido” a los acontecimientos de la historia gracias a la memoria, que se configura como “un factor de cohesión fundamental para

<sup>14</sup> Manuel Azaña, *La invención del Quijote y otros ensayos*, Espasa-Calpe, Madrid, 1934, p. 14.

la supervivencia, pues se convierte en tiempo asimilado e integrado a la propia conciencia colectiva”.

Si por un lado la memoria da lugar a fenómenos de elasticidad espacio-temporal, por el otro, es lo que permite poder “habitar” el tiempo, de no ser así “deshabitado”:

*Eres mi tiempo y como tal te abrazo,  
mas tiempo eres también de una memoria  
que en mí busca refugio, como historia  
que a su bordado busca un caña mazo.*

*Como suma te acepto; te rechazo  
en tanto que eres cuenta transitoria,  
de cálculos inútiles victoria,  
de harapos sucesivos un retazo.*

*De mi memoria, tiempo, eres morada  
que un manantial de vida profundiza  
como un río de luz que de sí nace;*

*si no habita ella en ti, tú no eres nada,  
pues tu paso sin peso es de ceniza  
que, pisando en el aire, se deshace.<sup>15</sup>*

Como muy bien observa Sánchez Cuervo, historia y memoria “no son, ni mucho menos, términos sinónimos o intercambiables”,<sup>16</sup> aunque tampoco tienen por qué transformarse en con-

<sup>15</sup> Enrique de Rivas, *Epifanías romanas*, Instituto Cervantes, Roma, 2006, pp. 32-33.

<sup>16</sup> A. Sánchez Cuervo, “Memoria del exilio y exilio de la memoria”, *Arbor*, CLXXV, núm. 735, 2009 (enero-febrero), p. 3.

trarios. En el citado poema de Rivas la exigencia de encontrar un tiempo para el diálogo entre memoria e historia se hace patente: se trata, por un lado, de rescatar la memoria y liberarla de la esfera de la mera interioridad y privacidad en la que a menudo se la relega y, por el otro, de rehabilitar su capacidad de arrojar luz sobre un pasado olvidado, y de darse cuenta de que la memoria “pone su mirada en lo fracasado, en los “no-hechos”, en lo que pudo ser y no fue, lo cual también forma parte de la realidad, en la medida en que ésta no se agota en pura facticidad tal y como afirma la historia científica”. Mas la memoria tampoco se identifica con el tiempo: es, más bien, la forma en la cual el tiempo se nos hace presente, es la primera forma de “resistencia” al tiempo por parte del ser humano. Por eso es la forma de conocimiento más cercana a la vida y la primera revelación, ineludible e “insomne”, de la persona.<sup>17</sup>

Para que el tiempo no expela a los exiliados, y para que haya aquel mínimo de continuidad “indispensable para que la historia sea historia y para que la patria propiamente exista”, hay que prestar

<sup>17</sup> Cfr. R. Prezzo, *Il pensare che riscatta il vivere. “Delirio e destino” di María Zambrano*, en F. de Vecchi (ed.), *Filosofia. Ritratti. Corrispondenze*, Tre Lune, Mantova, 2001, p. 119.



escucha a la voz de los exiliados y no tenerle miedo a la memoria: “si somos pasado, en verdad es por ser memoria. Memoria de lo pasado en España. Pero la memoria suscita pavor. Se teme de la memoria el que se presente para que se reproduzca lo pasado, es decir, algo de lo pasado que no ha de volver a suceder. Y para que no suceda, se piensa que hay que olvidarlo. Hay que condenar lo pasado para que no vuelva a pasar. La verdad es todo lo contrario”.<sup>18</sup>

María Zambrano, recuerda De Rivas, solía evocar “la leyenda de los Siete Durmientes de Éfeso que, dormidos en una cueva, despertaron al cabo de más de trescientos años”.<sup>19</sup> El exiliado se refiere a la leyenda que se encuentra en la Sura XVIII del Corán, versículos 9-25, y que él mismo recupera, en la versión de la obra *Gente de la cueva*, del dramaturgo Tawfiq Aljakim, como metáfora de la que llama “la última hora del exilio español republicano de 1939”: “dos neocristianos, perseguidos y sobrevivientes de una matanza en la época del emperador Decio, en-

cuentran refugio en una cueva. Allí se quedan dormidos junto con un pastor, también cristiano. Al despertarse, creyendo que han dormido sólo una noche, envían al pastor a la ciudad cercana a buscar alimentos. El pastor vuelve con las manos vacías porque la moneda que ha ofrecido para pagar tiene más de trescientos años. Los dos perseguidos no entienden y se acercan ellos mismos a la ciudad para buscar los lugares y las personas queridas. Todo o casi lo reconocen, incluso a las personas. Pero son los otros los que no les reconocen”.<sup>20</sup>

La anagnórisis no se produce y los perseguidos, tras convencerse de que han pasado en efecto trescientos años, descubren que sus nombres son objeto de culto. Dudando de su propia existencia, deciden regresar a la cueva y entregar su existencia al mundo de los sueños. “Mientras, sus herederos de trescientos años después levantan sobre su cueva-tumba un monumento para perpetuar su memoria.” El despertarse ha quedado a medias y no sabemos si los herederos de los perseguidos han aprendido a soñar y a llevar sus sueños a la vigilia, librándose al mismo tiempo de sus pesadillas.

Para que no se vuelva a repetir la

<sup>18</sup> María Zambrano, “Carta sobre el exilio”, en *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, París, núm. 49, junio de 1961, p. 70.

<sup>19</sup> Enrique de Rivas, “María Zambrano o la mayéutica de la aurora”, en *Archipiélago. Cuadernos de Crítica de la Cultura*, 2003, núm 59, p. 108.

<sup>20</sup> Enrique de Rivas, “Tiempo y espacio del exilio”, p. 131.

misma “anagnórisis fallida de los Durmientes de Éfeso”, para que los exiliados no duden de su existencia y tampoco se conviertan en objeto de culto a-históricos y a-temporales, hay que encontrar un tiempo común que sepa dar voz a la elasticidad del reloj de los exiliados, a su memoria. Es el tiempo del recuerdo y del estudio de la obra escrita que produjo el exilio, sea en forma de prosa, ensayo, poesía, epístolas, etc. Sólo un tal estudio podrá “rendir una justicia póstuma a sus autores y afirmar con la fuerza debida a la inteligencia la validez de la cultura y su superioridad sobre la barbarie, siempre al acecho”.<sup>21</sup> Sólo de tal manera la memoria podrá entrar a formar parte de una Patria “temporal”, “histórica”, realmente habitable: de un *metaxu* que haga posible un vida propiamente “humana”.

## Al otro lado del muro

CARLOS A. AGUILERA

*Recorriendo Alemania de este a oeste, destripando las bibliotecas, buceando en las cajas de los Flöhmarkt de Ber-*

<sup>21</sup> Enrique de Rivas, “Destierro: ejecutoria y símbolo”, p. 28.

*lín, Ibon Zubiaur (Getxo, 1971), ha ido rearmando el ya casi olvidado mapa literario de la antigua República Democrática Alemana (RDA). Y lo ha hecho de manera impecable, traduciendo a autoras como Brigitte Reimman o Irma Traud Morgner, dos de las más notables de los años sesenta en el Este alemán, o sacando a principios de 2014 Al otro lado del muro. La RDA en sus escritores (Errata Naturae, Madrid), antología con textos de quince narradores prácticamente desconocidos en español. Para conversar sobre ellos (y sobre ella: la antología) nos sentamos en un café de la Oranienburgerstrasse, en Mitte, y charlamos. Estar cerca de la Nueva Sinagoga sólo puede traer buena suerte.*

—Más allá de que en la extinta RDA algunos libros lograron “burlar” la censura, la literatura (las artes en general) tuvieron siempre que funcionar dentro de una camisa de fuerza política. Sin embargo, y a pesar de esta cortapisa, salieron autores y obras notables. ¿Hasta qué punto puede ser “creativa” la censura en un país atravesado totalmente por ella?

—Los límites que trazaba la censura, o la arbitrariedad de su ejercicio, parecen haber sido un acicate para los escritores más audaces. También los lectores esperaban ver tratados en sus libros